

Ca 2578(93)

Discursos M.A. para el Doctorado.
Legajo 5.º n.º 93.

81-9-A-n.º 5

1877.



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315411428

l 18893211

Discurso del Doctorado
en
La Facultad de Medicina





Fernández
"Naturalera y Tratamiento
de la fiebre tifoidea"





Al Sr. D. J. H.

Cumpliendo con el deber que el Reglamento impone á cuantos aspiran al último y supremo grado de las carreras literarias, voy á tener el honor de leer las breves y mal pergeñadas páginas, que componen esta insignificante memoria?

Ardua y por demas difícil es la tarea que me impulsa, al trazar este discurso: el deseo de consignar en sus páginas algo digno de tan ilustrado Tribunal, por una parte, y el justo temor de no

lograr conseguirlo, por otro, ha sido ocasion y causa para abatir mi inteligencia, ya de suyo limitada y debil.

Trido, sin embargo, en vuestra benevolencia e ilustracion, di principio y fin a mi trabajo; y si en el no hallais nada que merezca fijar vuestra atencion, culpa sera de la escasez de mis fuerzas, que no de la extension y magnitud de mi deseo.

Incompleto y debil, por demas, hallarais acaso, el asunto de que trata; porque averiguat dentro de los estrechos limites de un discurso, "La naturaleza y tratamiento de la fiebre tifoides", es intentar resolver, de pronto, una cuestion por extremo debatida, y que pudieramos decir, en litigio permanente.

Ademas de lo vasto y extenso del asunto, otras circunstancias, de indole diversa, han motivado las inevitables limitaciones en el desenvolvimiento de este tema: de un lado, la obligacion en que me veo, de atemperarme a las prescripciones reglamentarias, y de otro, el justo y natu-

ral deseo de no molestar vuestra atencion, con cuestiones, en cierto modo secundarias, a lo fundamental del tema que se debate.

El tratar, pues, de la Fiebre tifoides, no tengo la pretension de hacer un extenso y detallado estudio de todas sus fases y de sus formas todas: el objeto de mi trabajo es muy modesto. Voy a intentar, solamente, dando nuestros actuales conocimientos sobre esta enfermedad, dar una idea tan exacta como me sea posible, de su naturaleza, y de ella, deducir el tratamiento mas racional y conveniente para lograr su curacion.

Lo se me oculta la dificultad de mi trabajo; porque careciendo de datos propios, en apoyo de mis ideas, o siendo muy someros cuantos por mi cuenta pudiera aducir, trabre de limitarme, previo un trabajo de seleccion, a exponer lo recogido por eminentes practicos, y que mas en armonia se hallan con lo que la ciencia enseña y la experiencia dicta.

Antes de entrar de lleno en el tratamiento de la Fiebre tifoides, que es otro de los extremos que

abrazara este tema, dire cual es mi opinion sobre su naturaleza, y el como y cuando se produce.

Es la fiebre tifoidea una enfermedad, en cuya definicion imperfecta, entra por mucho la descripcion de los sintomas que mas sobresalen en el desorden general de la economia: asi es que, esta fiebre, grave, continua y de forma aguda, esta caracterizada por la ataxo-adinamia, la epistaxis, un ligero exantema, consistente en pequenias manchas o papulas, ya rojizas, ya azuladas, terminadas en punta, y que desaparecen a la presion del dedo; por la diarrea, el meteorismo y el gorgoteo de la fosa iliaca derecha; y anatomicamente, por la hipertrofia, reblandecimiento y ulceracion de las glandulas de Peyer y Brunner. A estos sintomas principales que bastarian, en la mayor parte de los casos para caracterizar la fiebre, pueden añadirse otros, tantos, cuantos aparatos y organos hay en la economia, puesto que estando todos ellos atacados, cada uno de por si, constituye una demostracion evidente de la entidad morbosa que en general los afecta.

Para vez se manifiesta la fiebre tifoidea, que ataca indistintamente a los dos sexos, de una manera esporadica? Reina, casi siempre, epidemicamente, siendo su causa mas probable, en uno y otro caso, un miasma, un agente deletereo y especifico, de naturaleza animal, que induciendo una alteracion particular en el aire que respiramos y nos circunda, le convierte en vehiculo del agente contagioso.

Aun cuando en todas las edades puede padecerse la fiebre tifoidea, hay, sin embargo, algunas por las que parece tener marcada preferencia: padecenla los niños raras veces; es muy frecuente de los 15 a los 30 años, y una verdadera excepcion, mas alla de los 50.

Varias son las causas que predisponen a esta enfermedad, y todas ellas, debilitantes; asi es que, el temperamento linfatico, una constitucion individual demasiado pobre, el uso de malos o de escasos alimentos, de aguas deturcadas y cenagosas, o cargadas de sales de cal, que debilitan por sus cualidades purgantes; las pasiones tristes y

deprimentes, la falta de aseo, las evacuaciones de cualesquiera clase que sean, verificadas en exceso, son causas abonadas para producirlas. Es ocasion de ella, asimismo, la aglomeracion de varias personas en habitaciones estrechas, humedas ó mal ventiladas; por que en estas circunstancias, las partículas animales, que por las exhalaciones pulmonares ó cutáneas, se desprenden de los individuos que las habitan, en presencia de la humedad, entran en putrefaccion, y se convierten en miasmas deletérios.

Ahora bien: todas estas causas, tanto cósmicas, como somáticas que acabamos de apuntar, propenden a alterar las condiciones del líquido sanguíneo; el que sin las condiciones necesarias para que los tejidos, órganos y aparatos, desempeñen cumplidamente las funciones de que estaban encargados, da lugar a la mas profunda adinamia.

Pero se me dirá ahora, y no sin fundamentos: y los fenomenos atáxicos ¿de que manera se explican? Lo responderá por mi el principio de la Medicina: Sanguis moderatus nervos

rum, decia Hipócrates. De modo que, estando alteradas profundamente las condiciones del líquido sanguíneo; habiendo falta de albumina, segun Niemejer, disminucion de fibrina y aumento relativo de glóbulos; el sistema nervioso necesariamente se ha de resentir; ha de manifestarnos una alteracion en sus funciones, alteracion que se nos patentará, por el salto de tendones, la coreplogia, los desvanecimientos, vértigos, delirio, y en algunos casos, hasta por la demencia.

Esta misma fluidez de la sangre, dependiente de la alteracion de su fibrina, que ha perdido la propiedad contractil que le es inherente, explica satisfactoriamente las congestiones que se manifiestan en los órganos parenquimatosos, hígado, bazo, pulmon, etc., asi como las que se observan en las mejillas, la de la conjuntiva y la de las meninges; de donde logicamente resultan, el coma, el sopor y el caró, con los demas accidentes propios de la compresion cerebral.

La inteligencia se debilita, se disminuye ó se pierde la memoria, complicandose a ve

ces, este accidente, con la pérdida casi completa de la atención, de la comparación y del juicio, produciendo en el enfermo, un estado de completo idiotismo.

La misma fluidez nos da una explicación, a todas luces verosímil, de las hemorragias, tan comunes en la afección de que tratamos; hemorragias que se verifican, ya por las membranas mucosas, constituyendo epistaxis y enterorragias, ya por la piel, ora bajo la forma de infiltración, o bien bajo la forma del exantema peculiar y característico de la Fiebre tifoidea. No explica menos esta misma alteración de la sangre, la gangrena consecutiva a los decúbitos prolongados, que se observa en los trocánteres, en los talones, en los codos, y más frecuentemente en el sacro; sobreviniendo algunas veces, por la disposición anatómica de este hueso, la mielitis y hasta el reblandecimiento de la médula espinal, con todas sus terribles y fatales consecuencias; y ya sabemos que, la alteración de la sangre, la debilidad y una compresión constante, son causas harto abonadas

23)

para producir esta especie de gangrena.

Pasemos, ahora, al examen de las alteraciones producidas en el sistema circulatorio. La debilidad, la adinamia que de una manera tan rápida se apodera del enfermo, determina en el pulso alteraciones y trastornos de alguna consideración, que es preciso tener en cuenta.

En los primeros días de la enfermedad, se presenta el pulso, en los individuos de temperamento sanguíneo, duro y frecuente, carácter que nos revela un estado inflamatorio general.

Pero este estado ¿es real? ¡Desgraciado del práctico que se dejara alucinar por esta falsa y engañosa manifestación del pulso! No tarde el enfermo en acusar al médico un cambio radical en las manifestaciones del aparato circulatorio. Et la frecuencia y dureza de los latidos arteriales, sigue inmediatamente la blandura y la lentitud; hasta tal punto que, el pulso se presenta filiforme; y como consecuencia mediata de la adinamia, esto es, mediante la alteración que ha sufrido el sistema nervioso.

so, el pulso se presenta irregular; algunas veces, intermitente.

En el aparato respiratorio, percibense igualmente fenomenos dependientes del estado animal de la sangre, y del estado dinamico del enfermo. Presentase una hiperemia secretoria, localizada en la mucosa bronquial y pulmonal, arrojan los enfermos, en ocasiones, esputos blancos, cinos con estrias sanguinolentas; lo que ha sido ocasion para creer, en la existencia de bronquitis y hasta de pulmonias.

Congestionase, tambien, el parenquima del pulmon, y esto, contribuye a sospechar la existencia de la pulmonia precitada.

Esta congestion, esta hiperemia pasiva, da senos a conocer, por la aceleracion de los movimientos respiratorios: la toz es seca, y ultimamente, la auscultacion y percusion de la cavidad toracica, nos indican que hay un principio de hepatizacion pulmonal.

Indiquemos, ahora, dicho lo que antecede, los cambios morbosos, las manifesta-

ciones patologicas que esta enfermedad comunica al aparato digestivo; aparato que todos los autores comienen, en que es el que con mayor certitud esta afectado, y que en cierto modo, imprime caracter a la enfermedad.

Desde su origen hasta su terminacion, desde la boca hasta el ano, la membrana mucosa que lo recubre, sufre visibles alteraciones, tanto en su estructura, cuanto en su manera de funcionar; alteraciones importantes en alto grado.

Presentanse en los labios, y mas especialmente en sus comisuras, erosiones, fisuras y aun ulceraciones. No son ajenas a esta alteracion las encias, unos y otros se cubren de un barniz o capa negra, sumamente seca. La lengua, organo de una importancia tan conocida, para el diagnostico de las afecciones que tienen su asiento en el estomago y en los intestinos, no se presenta en la fiebre tyfoidea, de la manera que los sistematizadores quisieran, para apoyar su doctrina de la gastro-enteritis. Los movimientos de este organo

son perezosos y tardios, puesto que sus musculos intrinsecos y extrinsecos, participan de la debilidad general. Esta puntiaguda, temblorosa, roja en la punta y borde; su contorno punteado, dice Monnet, ofrece el aspecto de una presa: presentase algunas veces, aplomada, especialmente cuando la enfermedad es algo intensa, y en este caso, se recubre de un barniz mucoso-amarillento, que se hace sanguinolento despues, concluyendo por formar en su superficie, una corteza seca, resquebrajada, ne-grisca; siendo muy de advertir que, apesar de este estado de sequedad, de que no solo participa la lengua, sino tambien toda la cavidad bucal, no manifiesta el enfermo, gran sensacion de sed.

La faringe esta congestionada; pero esta congestion es, como cuantas sobrevienen en el curso de la fiebre tifoidea, astenica, de ningun modo inflamatoria. De aqui resulta, que las degluciones sean dificiles, contribuyendo no poco a esta complicacion, las ulceras que tambien se desarrollan en esta parte del tubo digestivo.

El resto de este conducto, padece de una manera identica; esto es, de un modo adinamico: se presenta, a nuestra observacion, el reblandecimiento de la membrana mucosa, como consecuencia inmediata de la inyeccion de sus capilares, y atonia en la tunica muscular, producido, asimismo, por la adinamia. Reservo para otro lugar, ocuparme de las lesiones de sus glandulas, y de la modificacion sufrida en sus secreciones.

Los organos y aparatos que de algun modo concurren a la digestion, participan de alteraciones parecidas, a las anteriormente expuestas.

El higado, se encuentra hiperemiado, aunque no de una manera tan pronunciada como la glandula esplenica. Es tan considerable el reblandecimiento de este ultimo organo, producido por la hiperemia, que su sustancia desaparece; en tales terminos, que se encuentra en el interior de la cubierta fibrosa que le envuelve, una sustancia semi-liquida, y de un color pardo oscuro, parecido al chocolate.

El aparato urinario, ofrece, en el periodo de mayor intensidad de la fiebre, una retención de orina, tan tenaz y persistente en ocasiones, que se hace necesario el uso de la sonda, para dar salida al líquido acumulado, no solo con el objeto de evitar la distensión de la vejiga, sino tambien con el de precaver que este humor, detenido, y viscido en sus condiciones a causa de la enfermedad, sea reabsorbido en parte, dando lugar de este modo a la uremia, que seria, a no dudarlo, una nueva y peligrosa complicación.

Pero cuando la dinámica es ya completa, cuando todos los músculos se hallan poseídos de una atonía, de ese aplastamiento tan considerable que acompaña a la Fiebre tifoidea, el esfínter de la vejiga, lo mismo que los esfínteres del ano, se relajan, ocasionando de este modo, evacuaciones involuntarias.

Los órganos de la generación, no ofrecen fenómeno alguno patológico, que nos merezca especial mención y sea digno de quedar consignado.

Los de los sentidos, especialmente el de la vista y el oído, sufren modificaciones que les perturban en sus funciones fisiológicas. En el primero, la visión se altera; tanto a consecuencia de reblandecimientos y ulceraciones, sobrevinidas en las membranas del ojo, como producidas por los desordenes nerviosos. En el segundo, la sordera que es tan constante en los individuos atacados de esta enfermedad, depende de idénticas lesiones.

Restame, ahora, tratar de las secreciones. En otro lugar de esta memoria llevo manifestado ya, que la excreción de la orina esta dificultada; no agregare nada mas a lo que entonces dije, respecto de la causa que produce esta dificultad, limitandome solamente a poner de manifiesto las cualidades observadas en el líquido segregado.

La orina esta profundamente alterada en sus cualidades y principios químicos: es mas densa, menos acuada que en el estado normal. Su turbidez, su oscuridad y mal olor nos indican el defecto de vitalidad de que se halla

afectados este producto de excreción, como acontece con los demás líquidos de la economía.

Sometida a la análisis química, reacciona constantemente de una manera acida; no se vuelve nunca amoniacal, a menos que no haya un cuerpo interpuesto, que la haga fermentar.

La disminución de la parte acuosa de la orina, la casi completa abolición del sudor, dependen indudablemente, del aumento que sufre en sus secreciones la membrana mucosa intestinal, aumento que es ocasionado, asimismo, de la diarrea, sintoma asar frecuente en los ataques de *Fiebre tifoidea*.

Otras veces, pero esto con bastante menor frecuencia, hay atracción de vientre casi completa, dependiente, a mi juicio, de la atonía de que se encuentra afectada la túnica muscular de intestinos gruesos.

Este sintoma, cuando se presenta, ofrece mucha más gravedad que el anterior; y la explicación de este fenómeno, no ofrece, ciertamente, ninguna dificultad. Las materias

fecales, provistas de una acción especial, puesto que según afirma Siemeyer, en ellas es donde con preferencia reside el principio contagioso, de tenidas, se descomponen en los intestinos, prestan obra fácilmente a la reabsorción de sus materiales líquidos; en ellos, se desenvuelve el miasma contagioso, y si este miasma absorbido, produce en un individuo sano la *Fiebre tifoidea* ¿que de extraño tiene que agrave y compleque, en alto grado, el estado del que la padece ya?

Pero no es en aquí la escena de estos fenómenos morbidos, que se desenvuelven en el tubo digestivo. observase también, elevación de las paredes abdominales, meteorismo, timpanitis, algunos veces. ¿De donde viene esta colección de gases? Fácil es averiguarlo. Habiendo una supersecreción anormal en el tubo digestivo, de los materiales de esta supersecreción de una naturaleza putrida particular, nada de extraño tiene, que se desarrollen ese cúmulo de gases, tan extraordinario en ocasiones, que elevando el diafragma y dificultando

la respiracion, determina fenomenos en la cavidad toracica, no siempre desprovistos de cierta gravedad.

Encontrase, ademaz, otro sintoma al que la mayoria de los autores dan la categoria de patognomonicos: me refiero al ruido o gotos que se percibe, por la presion, en la fosa iliaca derecha, ruido que reconoce como causa, el paso de los gases, a travez de la valvula ileo-cecal, y de los liquidos acumulados, en la parte inferior del intestino delgado.

Y si, como complemento de lo anteriormente expuesto, acudimos, ahora, a la anatomia patologica, parte experimental de la ciencia que tantos y tantos errores de diagnostico ha esclarecido; que con datos tan claros y patentes, como los que parecen hacer distinguir la verdad del error a podermos esperar algo de ella en confirmacion de cuanto llevamos expuesto? Veamoslo.

Aparecen en los foliulos que constituyen por su agrupacion, las placas de Peyers, asi como en los foliulos aislados, ciertas alteraciones, que tomando su origen en los vasos inmediatos al

intestino grueso y siguiendo una marcha ascendente, nos demuestran una enfermedad de estas glandulas, la mas constante en la Fiebre tifoidea, y tanto es asi, que Bretonneau de Bourg, tomase este sintoma, cita alteracion material, como base y fundamento para la denominacion de la fiebre, llamandola doti-enteritis.

Esta alteracion, ha sido tomada tambien en cuenta, para establecer el diagnostico diferencial entre la enfermedad que nos ocupa y el tifus.

¿En que consisten estas alteraciones?

Todos los autores opinan que son producto de una hipertrofia que se verifica en el tejido intimo de la glandula, sobreviniendo, como inmediata consecuencia de la hipertrofia, su induracion, a la que luego sigue el reblandecimiento, la ulceracion y por ultimo, la eliminacion, no solo del tejido propio de la glandula, sino tambien de la masa que la cubre. De aqui resulta que, en ocasiones, el intestino se perfora, ocasionando por consecuencia una peritonitis, rapidamente mortal.

La membrana mucosa que reviste los

Foliculos afectos es asiento, pecuentermente, de rubi-
cundeces de naturaleza puramente vascular, presen-
tandose unas veces, bajo la forma de hiperemias ca-
pilares, y otras, de hemorragias intersticiales.

Acompañan comunmente a esta alteracion
de los foliculos, otra de los ganglios mesentericos, que
se ve manifestada por inflamacion de los vasos lin-
faticos, y de los ganglios a que abocan; llegando
en algunas ocasiones, a sobrevener supuracion de
estas partes.

Sentado ya lo que precede, y viniendo a
concretar mi pequeno trabajo, voy a exponer aho-
ra, cual es, en mi concepto, la naturaleza de
la Fiebre tifoidea.

Pero antes de todo, *H. L. S.*, necesito
hacer una advertencia, como en descargo de mi
opiniones. Tal vez se encontraran en la exposi-
cion de estas doctrinas, mas teorias humoristas
que solidistas; acaso al ver esta predileccion, se
me tache de sistematico. Muy lejos esta de mi
semejante proposito, que no es ocasion, ni
mucho menos, para el que casi empiera a

iniciarse en los secretos de la Medicina, seguir un
sistema sin restricciones, y abandonarlo todo a él.

Un eclecticismo razonado es el justo medio en
estas ó parecidas controversias; y si hoy, creyendo
encontrar en ellas la verdad, mi aspiracion cons-
tante, me vez defender con ardor las teorias hu-
moristas, al tratarse de esta cuestion, en otras, de-
guine acaso a la escuela solidista; pero siempre
teniendo en cuenta, para obrar, la corriente de la
experiencia y el raciocinio.

A pesar de la multitud de trabajos, y de las
opuestas y encontradas teorias, que han reinado en
el campo de la ciencia, la naturaleza de la Fie-
bre tifoidea, no está determinada todavia de una
manera precisa y concluyente.

¿Como estarlo, *H. L. S.*! ¿Quien es
capaz de buscar en ese cumulo de desordenes,
en ese abismo sin fondo en que la imaginacion
se pierde, y el pensamiento no logra encontrar
el desorden primitivo que dio origen a todos los de-
mas? ¿Fue la gastro-enteritis, como Broussais,
con su sistema erroneo, pretenció demostrar al

mundo médico?

En modo ninguno; y claramente no lo demuestra la anatomía patológica.

La sangre de un tifideo, su organización afectada de una alteración consistente en el desorden dinámico ¿puede prestar material para una inflamación de tanta extensión e intensidad, como es una gastro-enteritis? En la conciencia de todos está que no.

Podráseme objetar, sin embargo, que alguna vez se observan pulmonías, peritonitis y otras enfermedades inflamatorias, en el curso de una fiebre tifidea; pero estas afecciones, unas veces son falsas, y otras, son meramente complicaciones que en nada se relacionan con la esencia de la fiebre.

La escuela anatómica, que tantos y tantos servicios útiles ha prestado al arte de curar, no ha hecho adelantar en nada la cuestión objeto de este tema.

Ha servido esta escuela, como una verdad inconcusa que no admite demostración, que la

lesión inflamatoria, en lugar de residir en todo el tubo digestivo, estaba localizada solamente en las glándulas de Peyers y Brunner. Esta afirmación ha contribuido, indudablemente, a dar un gran paso hacia la verdad; pero no ha llegado completamente a ella.

La escuela anatómica ha concretado el sitio de la lesión intestinal; pero le ha faltado señalar la verdadera naturaleza de la lesión, que no es de ninguna manera inflamatoria, y si atónica, según he creído demostrar en lo que llevo dicho. ¿Puede la lesión intestinal ser la que imprime carácter a la enfermedad de que se trata, la naturaleza de aquélla, será necesariamente la de esta.

Es, pues, a mi juicio, *W. H.*, la adinamia, el aplazamiento de toda la economía, la causa, la naturaleza de la fiebre tifidea; y tanto es así, que si por una abstracción de nuestra inteligencia separamos la adinamia de la fiebre tifidea, no encontraremos en el enfermo ningún síntoma de los que acompañan a la enfermedad de que nos ocupamos, puesto que todos ellos son

dependientes del aplanamiento general.

Pero ves que vaig a preguntarme: ¿es adinámica, es aplanamiento el que se observa en la forma atípica de la Fiebre tifoidea? ¿El delirio, los saltos de tendones, y todo el cortejo de síntomas nerviosos que tienen a los organismos en constante agitación, ¿es acaso la adinamia?

Para darte una contestación satisfactoria, bastame recordar lo que ya en otra parte dije: "Sanguis moderator nervorum."

Te procuraría demostrar en que consiste y como se manifiesta la adinamia: veamos ahora como se produce.

La sangre, elemento reparador de nuestra economía, se altera de la manera que indicé en otra parte de este trabajo, perdiendo mas que en principios materiales, en su integridad funcional. Las causas productoras de la Fiebre tifoidea obran sobre este elemento primitivamente, no sobre los sólidos, que solo se afectan por el intermedió de los líquidos que los banan.

¿Y sino, supongamos, por un momento,

un tejido anatómico cualquiera; ¿es susceptible de alterarse, por las causas anteriormente citadas? De ninguna manera? Por otra parte; si el principio contagioso obrara de una manera tópica sobre la piel, ¿se desarrollara en ella la entidad morbosa, llamada Fiebre tifoidea? Puede asegurarse que no.

En la Fiebre tifoidea, se afectan todos los tejidos de una manera igual, segun su susceptibilidad y segun su vascularidad; así es que, los síntomas predominantes aparecen en las membranas mucosas y en los parenquimas, tejidos sumamente vasculares; de donde lógicamente se deduce que en la sangre y no en otra parte, es donde reside primitivamente la enfermedad.

Presumiendo, pues, lo dicho, sobre la naturaleza de la Fiebre tifoidea, podremos dejar sentado que, para nosotros, esta Fiebre, es el resultado de una alteración primitiva de la sangre, producida en la mayoría inmensa de los casos, por miasmaz específicos, que determinan en el intestino, ciertas alteraciones en su modo de ser. Et consecuencia de

estas alteraciones, las placas de Peyero y los folículos aislados, se ulceran, poniéndose de este modo en condiciones abonadas, para la absorción de nuevos elementos pútridos, que van agregándose a los primeros absorbidos, agravando así la enfermedad. El organismo, merced a la fuerza vital que le es inherente, reacciona entonces contra este principio septicó, y si consigue triunfar de él, le elimina, después de haber sufrido todas sus consecuencias, pero dejando, a lo que parece, al que una vez fue atacado, un privilegio de inmunidad.

Expuesta ya mi manera de pensar en lo que se refiere a la primera parte del tema, no pasare a la segunda, sin indicar antes, siquiera sea brevemente y sin detenerme en su refutación, algunas de las principales teorías, que en distintas épocas de la ciencia, han tratado de explicar de un modo satisfactorio, la naturaleza de la Fiebre tifoidea."

Para Broussais y sus discípulos, era de naturaleza estenica, inflamatoria; y explicaban el estado adinámico, que forma, por decirlo así, el fondo de esta enfermedad, por la reabsorción en el in-

testino de detritus orgánicos, de líquidos corrompidos y materias pútridas contenidas en él; y como esto no tenía explicación plausible, mientras el intestino no se ulceraba y contenía materiales septicos, negaban el estado tifoideo en el primer septenario de la fiebre, relegándolo al segundo y otras veces mas tarde.

De suerte que, según esta doctrina, el estado tifoideo, lejos de ser lo que imprime carácter a la enfermedad, no es mas que un accidente secundario de ella, una eventualidad que puede o no producirse; pero de ninguna manera caracterizar y dar sello a la afección. Su gastro-enteritis lo explicaba todo.

Otros autores, y entre ellos, Mr. Forget, de Strasburgo y Mr. Louis, sin negar en absoluto que la Fiebre tifoidea sea producida por una intoxicación atmosférica e intestinal, como nosotros creemos, fundaban su principal carácter en la existencia de una enteritis foliculosa. La intoxicación, para ellos, es esencial; la enteritis es lo que constituye la regla. El carácter tifoideo que reviste es

ta dolencia, es su fisonomía, su forma; la flegmasia intestinal, su fondo.

Para Mr. Louis, la alteración que se observa en la sangre de los tifoideos, nunca es primitiva; la enfermedad, no es una fiebre esencial, con flegmasia especial del ileon, sino, simplemente, una inflamación de las criptas de Peyero y Brunner.

Mr. Forget, rechaza asimismo toda especificidad, y no reconoce en la fiebre tifoidea, mas que su naturaleza, puramente inflamatoria. La fiebre, para él, no es mas que un sintoma, y el resultado de una lesión apreciable de los intestinos.

Algunos, como Mr. Bouillaud, creen que la flegmasia gastro-intestinal, es la causa primera, la causa madre, por decirlo así, de todos los fenómenos que se observan en la fiebre tifoidea. La alteración de la sangre, es secundaria, consecuencia a las lesiones del intestino, y a la absorción de los materiales putridos contenidos en él. Esta doctrina, con pequeñas variantes, es la de la escuela francesa.

Para Mr. De Larroque, médico del Hospital

Necker, « La enfermedad tifoidea, no es otra cosa que una fiebre sabural degenerada; las alteraciones orgánicas, a las cuales se ha onido debió atribuirse, son tan secundarias, como la multitud de síntomas que por otra parte, pueden constituirlo. »

Si sistema entero se basa sobre la acritud y alteración de la bilis; que siendo una especie de veneno, en los ataques de fiebre tifoidea, al penetrar en el sistema vascular, se convierte en la verdadera causa de la alteración de la sangre, y de aquí, todo el cortejo de síntomas que se observan en esta enfermedad.

Bretonneau de Fourcy y Frousseau, en sus principios, asimilan la fiebre tifoidea a las fiebres eruptivas, con las que tiene muchos puntos de contacto. Como ellas, nace por contagio, y se padece en épocas determinadas de la vida; se altera la fibrina de la sangre, y tiene un principio virulento y septic que se localiza.

Tales son, sumariamente expuestas, algunas de las principales teorías que han pretendido hacerse, la posesión entera de la verdad al tratar de

explicar la naturaleza de la afección que nos ocupa.

He llegado, Ill.^{mo} Sr., a la segunda parte de mi tema: al "tratamiento de la fiebre tifoidea".

En consonancia con las diversas teorías que dejamos apuntadas, al tratar de la manera de ser de esta enfermedad, los tratamientos que para su curación se han empleado, han sido encontrados y diversos. En efecto: el aforismo "naturam morborum, curaciones ostendunt," ha obligado a los médicos que seguían tal ó cual sistema, si no querían pecar de inconsecuentes, a admitir tal ó cual tratamiento. Yo les seguiremos en este camino; porque tratándose de una enfermedad específica, ni los antiflogísticos, ni los tónicos, usados sin restricciones y de una manera absoluta, darían siempre y en cualesquiera circunstancias, unos mismos resultados.

Para obrar así, necesitaríamos de un agente específico también que, como la quina y sus preparadas, en las intermitentes, se dirigiera a neutralizar el agente patogénico, que es el origen de la dolencia. Desgraciadamente, aun no

se ha llegado a conseguir este.

Así, pues, mientras los que consideraban a la fiebre tifoidea como de naturaleza inflamatoria usaban el método antiflogístico, y especialmente la sangría, como base de su medicación, los que la creían una fiebre pútrida, echaban mano de los evacuantes, con objeto de expulsar de los intestinos, los materiales pútridos, acumulados allí.

Atendiendo ahora nosotros a lo expuesto anteriormente y con arreglo a su naturaleza: ¿cuál es el mejor tratamiento de la fiebre tifoidea?

Sin duda alguna lo sería aquel que devolviera a la sangre sus cualidades primitivas; pero ya dije anteriormente que la modificación predominante que sufre el líquido sanguíneo, está en su integridad funcional; y siéndonos desconocida en parte esta modificación, de aquí el que no pueda emplearse un método curativo racional.

Es, pues, necesario, acudir a una medicación tal que, combatiendo los síntomas predominantes, deje por entero a la naturaleza, a la fuerza medicatrix, el encargo de descartarse de los mas im-

ples y elementales.

La medicación, pues, estará basada en las condiciones individuales, y en el grado de intensidad a que la enfermedad haya llegado. En una palabra, haremos una medicación de síntomas, a lo que se ha dado el nombre de método terapéutico natural.

¿En que consiste este método? La mejor definición que de él podremos dar, es trasladar aquí, lo que los Sr. Broussais y Pidoux dicen en su Tratado de Terapéutica. "En un método natural, se propone el medio imitar las saludables reacciones de la naturaleza, abandonándolas a sí mismas, y rodeando al organismo de circunstancias favorables a su espontáneo desenvolvimiento, cuando los fenómenos están regularizados. Aplicar en exceso violencia por medio de diversas medicaciones atemperantes destinadas a reducir la reacción a un grado compatible con la conservación de la vida y en estado morbido. Estimular la inercia del sistema nervioso, poniéndole, con ayuda de medios excitantes, al nivel de los deseos y necesidades del enfermo, sosteniendo la fiebre, animando en

91
una justa medida, los aparatos de eliminación, prestando, en una palabra, al organismo viviente, las fuerzas que le faltan para resistir a la enfermedad, reparar sus pérdidas y librarse de su debilidad.

Y con efecto, esto es lo mejor que podríamos hacer, tratándose, como ya hemos dicho, de una enfermedad específica, y careciendo de un agente específico también, que neutralice en su principio al agente morboso que le dio origen.

Imperaremos la curación por una terapéutica dietética bien dirigida. Colocaremos al enfermo en una habitación apaciosa y bien ventilada; se le cambiarán, en tanto sea posible, las ropas de la cama, y aun la cama misma; se tendrá cuidado de lavar y secar convenientemente al enfermo después de cada evacuación de vientre, para impedir la ulceración de las nalgas, y el desenvolvimiento de las escaras. En algunos casos, hasta sería conveniente dar algunos baños, hacer lociones aromáticas o alcohólicas, así como algunas fricciones secas sobre los miembros.

La alimentación en la fiebre tifoidea, recomen-

cida hoy como absolutamente necesaria por todos los autores, habra de ser moderada y no tan reparadora y fuerte, como algunos medicos aconsejan, no perdiendo de vista en este caso, aquel precepto de Hipocritas en uno de sus aporismos: "Los cuerpos enfermos se danan tanto mas, cuanto mas se nutren."

Al citar esta maxima del principe de la medicina, no quiero significar de modo alguno, que se tenga a los enfermos en una completa abstinencia: no. De hacerlo asi me pondria en contradiccion con la naturaleza intima asignada a la Fiebre tifoidea.

Niemeyer dice respecto a este punto: "no debemos dar sopicaldos a los enfermos, sino carne, huevos y leche, mientras no este probado que este regimen aumenta la fiebre."

Es mi humilde opinion, si bien de poca monta y de ningun valer al lado de lo de tan experimentada practica, que no debemos hacer uso de alimentos fuertes y de dificil digestion, porque no gozando el estomago de la vitalidad y energia que fuera necesaria para digerirlos, dariamos lugar a empachos e indigestiones, que haciendo variar, siquiera por

pocos momentos, la terapeutica farmacologica, producirian, no obstante, fenomenos de la mayor importancia en el estado general del enfermo.

Veamos, ahora, los agentes terapeuticos que podriamos emplear, y en que condiciones hemos de usarlos.

Cuando la enfermedad sigue una marcha regular, cuando las complicaciones o sintomas predominantes, no comprometen la vida del tifoideo, el plan curativo lo reduciriamos a usar la infusion de manzanilla como bebida ordinaria, o mejor aun, la limonada sulfurica, con adiccion de un jarabe atemperante, el de grosella, por ejemplo.

La infusion de manzanilla se emplea, por su accion estimulante, y acaso tambien como tónica. La limonada sulfurica, con objeto de humedecer las membranas mucosas y moderar la fiebre.

Varia, naturalmente, la medicacion de la Fiebre tifoidea, segun que revista un caracter, ya ataxico, ya dinamico. En efecto: en esta segunda forma de la enfermedad, producen muy buenos resultados los estimulantes y tonicos unidos; los primeros, con el fin de despertar a la naturaleza y

ponerla en condiciones favorables, para poder aprovechar de la accion de los segundos.

¿Que efecto produciria sino, en un enfermo el uso de los tónicos, si su naturaleza, si su organismo mejor dicho, empeñado en una lucha tenaz con la causa morbífica, no acusa accion ni reacciones apreciables? Ninguno favorable, ciertamente.

Es, pues, preciso y de toda necesidad, disponer los materiales organicos con los estimulantes, para que los tónicos obran bien y oportunamente.

Para conseguir este objeto, se hace uso del alcanfor, de los eteres, del amoniaco, y sus compuestos, carbonato y acetato, como excitantes y antipútridos.

Se ha recomendado tambien en este sentido, el chlorato de potasa y el acido fenico, usados al interior; pero su uso, ni ofrece las ventajas de nuestro escumiento antiséptico, ni está, el ultimo sobre todo, tan desprovisto de inconvenientes.

En todos tiempos se ha empleado el alcanfor en las fiebres pútridas o adinámicas, si bien Broussais lo relega al olvido, por espacio de mas de 20 años. Broussais, en su *Materia Médica*, le recomienda

eficazmente, y dice á propósito de la manera que obraba para los antiguos: "Los autores de los dos últimos siglos atribuyen su virtud contra la peste á la rapidez con que atraviesa los poros; y á la facultad de arrastrar á la superficie de la piel, al tiempo de evaporarse, todos los miasmas que infectan la economía así como á una accion antipútrida directa."

Storuker lleva á tal punto su exageracion que dice, hablando de él: "Remedium in febribus malignis sine camphora est instar militis sine gladio." Esto, en cuanto á los estimulantes.

Los tónicos que se emplean en esta misma forma adinámica son: la quinina, que une á su propiedad tónica incontestable, la de neutralizar el estado febril, siendo las preparaciones vinosas de este medicamento, las que con mejor resultado pueden usarse. Los vinos generosos, y con preferencia, el de Málaga, á la dosis de una cucharada cada dos horas, asociada su accion de los caldos sustanciosos; y ultimamente, los fermentos de vino y alcohol alcanforado al vientre.

Se emplean los antiespasmódicos en la forma atáxica, con objeto de calmar la excitación nerviosa, que domina el cuadro de fenómenos patológicos; y entre ellos, se da la preferencia, al valerianato de quina; la asafoetida en la forma atáxica abdominal, las aguas destiladas antiespasmódicas de tilo, flores y hojas de naranjo, etc.

Recomienda Broussais en esta forma de la fiebre tifoidea, las afusiones hechas en todo el cuerpo, y especialmente en la cabeza, con el agua fría.

Cuanto acabamos de decir, se refiere a la Fiebre tifoidea, que podríamos llamar tipo de las de su especie: pero no siempre se nos presenta así; y ya sea, unas veces, el exagerado predominio de alguno de sus síntomas propios, ya sea una complicación intercurrente, otras; la medicación varía en consonancia con estos nuevos elementos. Combínase, además, con bastante frecuencia, con otros estados febriles, que al darla nueva forma, inducen asimismo nuevas modificaciones en su terapéutica, circunstancias que ha de tenerse mucho en cuenta,

si no queremos pecar de sistemáticos.

Indicaremos brevemente, y por su orden, todos estos fenómenos que pueden complicar la marcha natural de la Fiebre tifoidea, y los recursos terapéuticos que deben oponerles.

Las epitaxis, son uno de los principales fenómenos, que se presentan en el curso de la fiebre tifoidea, y su mayor ó menor gravedad, guarda relación con la intensidad de la hemorragia, y el período de la enfermedad, en que esta llega a presentarse. Precede, generalmente, al comienzo de esta enfermedad, y algunas veces se presenta con una abundancia inquietante, al final del primer septenario. Combátela por medio del agua fría, en loción ó inyecciones, ya pura, ó bien adicinada de sustancias astringentes, y con la aplicación de algun revulsivo, á las extremidades inferiores. Cuando estos medios no bastan, y la hemorragia persiste, hay que recurrir entonces al tapamiento de las fosas nasales.

La diarrea es otro de los síntomas que,

por su persistencia e intensidad, en ciertas ocasio-
nes, contribuye, en alto grado, a aumentar el
abatimiento de fuerzas de los enfermos, ya de
suyo debilitados, por efecto de la causa depri-
mente, origen y principio de la dolencia?

Cuando esto sucede, el práctico se ve en la im-
prescindible necesidad de moderarla, usando para
ello, de medicamentos astringentes, y rara vez de
los opíacos. El escimiento blanco gomoso de la *Tan-
macopa Española*, ó los enemas de extracto de
ratania, en la proporción de una á dos granos,
en la cantidad de vehiculo correspondiente, pro-
ducen, frecuentemente, los resultados apetecidos.

En oposicion con lo que acabamos de
decir, sucede á veces, que en lugar de la diar-
rea, que acompaña por lo comun á la fiebre
tifóidea, el enfermo acusa una constipacion
insolita, que el médico debe mirar con especial
cuidado, por lo que este sintoma tiene de anor-
mal. Siempre que se vea presente un enfermo
atacado de estreñimiento, es necesario, antes de
todo, investigar por medio de la percusion, cual

11)

sea la causa que le produce. Si el intestino
se halla solamente distendido por el aumento
de gases ó de líquidos, se le administrara un pur-
gante suave, que puede repetirse varios dias,
pero si la constipacion se debe á la presencia
de materias fecales endurecidas y detenidas en
el intestino grueso, es preciso recurrir entonces
para darles salida, á la administracion de
lavativas purgantes, que obran inmediatamen-
te sobre él.

Aguajan algunas veces los enfermos una
fuerte y violenta cefalalgia que les fatiga hor-
ribilmente, y que es necesario no perder de vir-
ta, por la causa que pudiera haberle dado ori-
gen. Cuando depende de un estado congestivo
del cerebro, se aplican desde luego algunas san-
guijuelas á las apofisis mastoideas; pero si se pre-
senta con demasiada intensidad, en el curso
de la fiebre, habra necesidad de emplear, segun
los casos, ó bien la sangria general, ó bien los
tónicos. La aplicacion de pedruzcos de hilo sobre
la cabeza produce tambien excelentes resultados.

Aunque no con tanta frecuencia como sucede con los síntomas anteriores, á veces los enfermos se ven acometidos de vómitos violentos é incoercibles, dependientes de lesiones intestinales que es necesario combatir, tanto por la gravedad que inducen, cuanto por lo que tienen de molesto. Pedanos de hiel tomado al interior, bastan en muchas ocasiones, para hacerlos desaparecer, y si esto no fuera suficiente, podrá recurrirse á la aplicación de un vejigatorio sobre el epigastro.

La sensibilidad y la distensión exageradas del abdomen, son otros de los síntomas que suelen molestar á los enfermos: la aplicación de cataplasmas emolientes, rociadas de laudano, ó la aplicación de algunas ventosas secas, bastan en el primer caso, para moderarles, ó incluso hacerlos desaparecer; y en el segundo, las fricciones de unguento mercurial, y las cataplasmas emolientes, obran disminuyendo esta distensión anormal.

Las complicaciones, mas ó menos graves

que pueden sobrevenir en el curso de esta enfermedad, son objeto tambien, de una medicacion particular, en armonia con su naturaleza. Respondremos aqui las que con mayor frecuencia se presentan, sean por otra parte cualesquiera, las formas que la enfermedad adopte, y de las que habremos de ocuparnos á la conclusion de este trabajo.

Una de las complicaciones mas frecuentes en el curso de la fiebre tifoidea, es la pneumonia. Si aparece en el primer periodo, cuando las fuerzas del enfermo no estan completamente agotadas, puede combatirse con medios antitíficos; pero sin perder de vista la afeccion principal. Si se presenta en un periodo mas avanzado, se recurrira á los antimoniales y á las ventosas secas. Debe evitarse con sumo cuidado, el uso de los vejigatorios; y si por circunstancias especiales, en alguna ocasion hubiera que recurrir á ellos, su efecto no debe pasar de una ligera rubefaccion, sin llegar nunca á producir efectos vesicantes. De este modo, huiremos el peligro de pro-

Quelques ulcérations, que à cause du estado de putridité en que se trouvent le sang, pourraient acquies un caractere gangreneux, contribuyent ainsi à aggraver de un modo serio, el estado nada satisfactorio de la enfermedad.

Si el enfermo se viera acometido de una toz intensa, podría administrarse un vomitivo, como la ipecacuana, y raras veces el opio.

Las escaras que se producen en esta enfermedad, son otras de las complicaciones que hay que tener en cuenta. Procura se con sumo cuidado, por los medios higienicos, de que hemos hablado en otra parte, el que lleguen à producirse, evitando todo contacto de la piel, con las heces fecales y la orina; pero si estas precauciones no fueran suficientes à evitarlas, tan luego como se presenten, se las levantan con vino aromático, ó agua clorurada, cubriendolas despues, con parches de diaquilon ó unguento blanco. Si apesar de todo, las ulceras, lejos de detenerse, ganan en extension, se las lavara con un cocimiento antiséptico, espece mandolen despues con quina y alcanfor y

cubriendolas con planchuelas de unguento balsámico, como recomienda el Dr. Canters, en su excelente Tratado de Clinica Médica?

Coincide, à veces, con esta, otra nueva complicación que no dejó de ser un accidente de suma gravedad: nos referimos à las erisipelas que se desarrollan al rededor de las escaras. Si se limitaran al punto en que tienen origen, no envolverían ciertamente, la gravedad que dijimos consignada; pero por desgracia, en la mayor parte de los casos, lejos de suceder así, extiendense à los lados, invadiendo una parte de la piel, y provocando una reacción febril, que aniquila al enfermo, ya considerablemente debilitado, por la larga duración de la fiebre putrida. Combate se esta enfermedad, siempre temible, por medio de emisiones sanguíneas, si el estado del sujeto lo permite, ó por medio de los tónicos, usados en estos casos.

Mr. Frousséau, considera como signos de pronóstico grave, la presentación de parotidas en la fiebre tifoidea, y llama sobre ellas la

atención. Si se presentan en el primer período, en
vuelven ciertamente suma gravedad; pero si no
aparecen hasta la mitad del segundo, puede con-
siderarse las como un signo de favorable termi-
nación. Bastan en algunos casos, para su cu-
ración, la aplicación de cataplasmas emolientes,
y si llegan a supurar, se abra el absceso para
dar salida al pus, curando la herida después,
por medios apropiados.

Las hemorragias intestinales que casi
nunca se presentan más que en las formas gra-
ves de esta fiebre, son, por este solo hecho, una
de sus más graves complicaciones. Para comba-
tir las, se emplearán al interior, los astringentes,
como la rortania, el percloruro de hierro, y las
bebidas acidulas frias. Al exterior, de muy bue-
no resultado, la aplicación del hielo sobre el
abdomen.

Esta hemorragia es, sin embargo, en algunas oca-
siones, signo de buen agüero, para el pronóstico
de la enfermedad, y si es poco abundante, con-
tribuye, indudablemente, al alivio de los enfermos.

En otras ocasiones es tan intensa, que mata su-
bitamente.

En el orden de su mayor gravedad, vienen
por fin, las perforaciones intestinales. Esta compli-
cación, es casi siempre mortal, y cuando llega
a producirse, hay que recomendar cuidadoso-
mente, el que el enfermo se halle en una inmo-
vilidad absoluta. Proscribáanse en absoluto tam-
bien, toda clase de bebidas; y para prevenir los
efectos de la sed, que molestarían en alto gra-
do al enfermo, se le harán chupar pedruzcos de
naranja o de limón. La perforación intestinal,
se da a conocer por la peritonitis de que va si-
guida; sin embargo, Mr. Froussieu cree que
no siempre que hay peritonitis, hay perforación
intestinal y viceversa.

Restame hablar, por fin, de las formas
que puede adoptar la fiebre tifoidea, que lejos
de ser, como creían los antiguos, diferentes es-
pecies nosológicas, no son en realidad, sino
variaciones, distintas maneras de ser de una sola
y misma especie, bien caracterizada.

Una de las formas, la mas sencilla acaso, de la fiebre tifoidea, es la mucosa, de caracteres puramente negativos, y sin predominio exclusivo de uno ó de muchos de los síntomas que caracterizan á las demas. Ausencia de fiebre, una ligera prostracion, que nunca llega á extenuacion, quejándose de cefalalgia y experimentando vértigos. La fiebre es moderada, y el pulso, lejos de pasar el tipo normal, desciende muchas veces por debajo de él. Falta por regla general el delirio, y en algunos enfermos han insomnio.

En el aparato digestivo, es donde mas se significa el caracter tifoideo de la enfermedad. Hay inapetencia, mal sabor de boca, y sed un tanto viva. La lengua se cubre de una capa blanquecina, ligeramente saburrosa; presentase ancha y húmeda, conservando la impresion de los dientes; encarnada en la punta y bordes.

Frecuentemente, hay abundante diarrea, de caracter bilioso; en ocasiones se observa, por el contrario, un estreñimiento pertinaz. En uno y otro caso, hay siempre gorgoteo en la fosita

13)

de derecha. La erupcion característica de la fiebre tifoidea, suele faltar muchas veces, ocultando al enfermo, se comprueba la existencia de una bronquitis catarral, acompañada de tos, con expectoracion de materiales mucosos. Es, como hemos apuntado mas arriba, la forma mas ligera y mas inofensiva, si así puede decirse. Se termina felizmente, y es uno de los triunfos mas seguros de la medicina expectante.

Bajo la influencia de ciertas constituciones medicas, presentase esta fiebre con caracter marcadamente bilioso, originando así una nueva forma, la forma biliosa. En ella, el estado saburral, es mas pronunciado que en la anterior: colrase la piel de un tinte amarillento, y de un color icterico la esclerotica. El enfermo se queja de un amargor de boca considerable, y está por completo incapaz. Tiene nauseas y vómitos de materias biliosas, de color amarillento ó verdoso. En la lengua, la capa blanquecina de la forma mucosa, es aqui de un color amarillento. La cefalalgia es

mas intensa, como lo son todos los demas sintomas, por regla general, que hemos indicado en la forma precedente. Este predominio bilioso no suele durar mucho tiempo, combinandose luego con la forma ataxica o adinamica de la fiebre typhoidea. El uso de los evacuantes es tai aqui perfectamente indicado.

Si esta fiebre ataca a individuos pletoricos, en los que predomina el elemento vascular, y cuyas fuerzas no se hallan debilitadas por causas anteriores, puede simular, en un principio, una forma inflamatoria, caracterizada por fiebre alta y calor habitual de la piel, con pulso ancho y lleno. Estos sintomas inflamatorios, desaparecen muy luego, dando origen, como dijimos en otra ocasion, a la mas profunda adinamia. No existe, pues, a fin de nuestros dias, una forma inflamatoria; y si hemos hecho mencion de ella en este lugar, ha sido siguiendo la corriente de muchos autores, que han afirmado su existencia.

En la forma adinamica, que es la que

may frecuentemente se presenta, el caracter que predomina a todos los demas, es la prostracion y el aplazamiento de las funciones animales, y especialmente, de la contractibilidad muscular, unido al embotamiento de las funciones vitales y organicas, mas necesarias al sostenimiento de la vida.

Los enfermos, en esta forma, presentan un pulso blando y deprimible; un estupor profundo y persistente, insomnio, delirio tranquilo, musculacion y carpalgia. Se observa frecuentemente la paralisis del esfinter de la vejiga, y es necesario recurrir al cateterismo.

La lengua, sucia y temblorosa, aparece cubierta de fuliginosidades negras, asi como las encias y los dientes. Hay diarrea abundante, y es mas que nunca pronunciado el meteorismo. El aliento es fetido, y como tambien las orinas. El estado en que se encuentra la sangre, predispone a las hemorragias, y hay tendencia al esfacelo.

Estos ultimos fenomenos (fetido del aliento, de las orinas, y la tendencia al esfacelo), son lo que constituyen la putrida, que no hay que en

fundir con la adinamia, porque mientras este estado coincide con una debilidad en el trabajo febril, la putrida puede ir acompañada de los fenómenos propios de una fiebre ardiente.

sin revertir la gravedad de la forma atáxica, esto también, está de que nos ocupamos ahora.

En otra parte de este discurso dejamos consignado, cual es su mejor tratamiento, reduciéndolo en suma, a levantar, por medio de los estimulantes y tónicos, la abatida naturaleza de los enfermos.

En contraposición con el estado que acabamos de describir, los fenómenos que caracterizan la forma atáxica, son de un orden enteramente distinto. A la prostración, al abatimiento de las funciones animales, se opone aquí, su desorden, en incoherencias, y en falta de armonía.

En la atáxica, como en la adinamia, pueden distinguirse dos estados: el que se dice de maligñidad, y el verdaderamente atáxico.

Consiste el primero, en el desarreglo de las funciones vitales a que mas particularmente concierne el gran simpático, al paso que el segundo,

abarca, de un modo general, cuantos desarreglos se manifiestan en el sistema nervioso, sin especificar ninguno.

En la forma atáxica, las perturbaciones nerviosas, tales como los síntomas cerebrales, el delirio mas o menos violento y furioso, el sueño agitado, las pesadillas, las convulsiones, etc. etc., la caracterizan y la distinguen perfectamente de todas las demás. En ella, la fiebre es atáxica, irregular, participando así de su elemento predominante.

Para ver clara esta forma, lo que dice la fiebre: complíquese a menudo con la forma adinámica, a la que en últimos terminos vienen a reducirse, cuantas acabamos de describir.

Esta variedad de la fiebre tifoidea, es la mas mortífera de todas, y en ocasiones, mata fulminantemente.

Usase, como tratamiento general en la forma atáxica, los medicamentos antispasmodicos, segun en otra parte llevamos dicho, y especialmente el alcanfor y los éteres.

Si la piel presenta un color aseo, mor-
dicante, seco, convendria emplear los baños ti-
bios, a la temperatura de 3°. En este caso, podria
tambien emplearse la hidrotterapia, que con
algunas precauciones aplicadas, proporciona
un grande alivio a los enfermos, sin ofrecer
los graves inconvenientes de que se la acusa.
Se la aplica bajo la forma de afusiones frías:
para esto, basta pasar repetidas veces, sobre el
cuerpo del enfermo, una esponja empapada en
agua, a la temperatura de 8 a 10°, o mejor
aun, envolverle en una sabana humeda. Hecho
esto, se le acuesta en una cama caliente, y la
reaccion, no tardara mucho en sobrevenir.

Es una contraindicacion formal de este
metodo, el caso en que haya alguna compli-
cacion, por parte de las vias respiratorias.

He concluido, *M. D.*, la parte
principal de mi trabajo; y para terminar
ahora todo cuanto a el se refiere, restame
solamente, deducir algunas conclusiones ge-
nerales de las premisas sentadas, que sean

como el compendio y resumen del examen que
nos hemos entregado, al tratar de la naturaleza
y tratamiento de la afeccion conocida con el nom-
bre de Fiebre tifoidea.

I. La Fiebre tifoidea es una enfermedad aguda, gra-
ve, de naturaleza especifica, ocasionada, la mas de
las veces, por miasmas de naturaleza animal, desar-
vultos por la aglomeracion de individuos, y la hu-
medad de las viviendas.

II. La fiebre tifoidea, nace por infeccion, y se transmi-
te por contagio, en ciertas y determinadas condiciones.

III. Entre las varias teorías adoptadas para expli-
car su manera de producirse, la que nos ha pare-
cido mas exacta, puede resumirse de este modo:
absorcion de miasmas por las vias respiratorias;
intoxicacion de la economia, alteracion de la san-
gre; hipertrofia, reblandecimiento y ulceracion de
las placas de Peyer; reabsorcion de nuevos mate-
riales putridos contenidos en los intestinos; y acci-
dentes generales de forma e intensidad variables.

IV. El tratamiento de esta enfermedad, para cuya
curacion no se conoce aun, ningun medicamento

específico, varía según diversas condiciones, tanto de parte del individuo, cuanto por parte de la enfermedad. y

V. En fin; los curadores higienicos, unidos a los farmacologicos, logran en muchas ocasiones, triunfar de la enfermedad que nos ocupa, cuya gravedad, no debe olvidar el medico, si quiere evitarse amargas decepciones, que le perturben en la tranquilidad de su conciencia. Su misión es, sin curar, aliviar siempre y por cuantos medios pueda, los sufrimientos físicos de sus hermanos en la Humanidad.

He dicho.



Gaudencio Arce

Salamanca. 20 de Diciembre de 1877.